

LA ÉTICA ARISTOTÉLICA

Aristóteles era hijo de Nicómaco, médico del rey de Macedonia, y había nacido en Estagira en 384 a. C. En un principio, deslumbrado por Platón, su maestro, adopta su postura filosófica, pero, más tarde, fue separándose de esta y elaborando su propio sistema. A la muerte de Platón dejó Atenas y viajó a Macedonia, donde el Rey Filipo II le propuso que fuera el educador de su hijo Alejandro. Cuando llegó al trono, Aristóteles volvió a Atenas y fundó su propia escuela, llamada *peripatética* o del Liceo, dedicándose exclusivamente a escribir y enseñar. Acusado impiedad en 323 a. C. por miembros del partido nacionalista ateniense, Aristóteles no quiso que se cometiera un nuevo crimen contra la Filosofía y, a diferencia Sócrates, aceptó el exilio, abandonando Atenas e instalándose en Calcidia, donde falleció al año siguiente. Entre sus obras cabe mencionar *Organon*, *Retórica*, *Poética*, *Política* y *Física*.

Analizaremos ahora la respuesta aristotélica a la pregunta "¿Qué es el bien?"

El filósofo comienza reflexionando que toda actividad, dentro de cualquier campo ha de tener necesaria, imprescindible, un fin; para aquel que realiza una acción, esta se le presenta, además, como capaz de reportarle un bien. Así se llega, en el primer párrafo de *Ética a Nicómaco* - libro que, según parece, Aristóteles dedicó a su hijo Nicómaco-, a la identificación de ambos conceptos: toda actividad tiende a un fin que es a la vez un bien:

*"Todo arte y toda investigación científica, lo mismo que toda acción y elección, parecen tender a un bien y por ello definieron con toda pulcritud el bien los que dijeron ser aquello que todas las cosas aspiran"*¹

Siendo, como son, muy numerosas las actividades humanas, también lo son los fines que nos podemos proponer. Aristóteles da algunos ejemplos relacionados con las artes y las ciencias: *"el fin de la medicina es la salud, el de la construcción naval, el navío"*. Además no todos los fines son jerárquicamente iguales; algunos son importantes que los demás y, así, los primeros subordinan a los segundos. Advertimos entonces que se presentan ante el hombre verdaderas cadenas de fines cuyos eslabones no constituyen, en última instancia, sino medios.

Sin embargo, no es suficiente hablar de fines "finales" en el sentido de fines que se persiguen por sí mismos. Para que nuestro desear tenga un sentido es imprescindible que todos nuestros fines converjan hacia un fin último que valore a los demás: a ese fin último lo denomina Aristóteles "Bien Supremo" -o *Sumo Bien*- y lo compara con el blanco al que deben apuntar los arqueros².

¹ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco.*, libro I, p. 33.

² ARISTÓTELES, *op. cit.*, libro I, p. 3.

Pero ¿cuál es y dónde está el Sumo Bien? Aristóteles señala que tanto el vulgo como la gente culta lo identifican con la felicidad -en griego, *"eudaimonía"*-, noción que incluye tanto la de comportarse bien como la de vivir bien, pero no todos coinciden respecto de aquello en lo que reside. ¿Cómo se puede reconocer al Sumo Bien? ¿Qué requisitos debe reunir para ser tal? El primero: *"ser siempre apetecible por sí mismo y no por otra cosa"*, esto es, ser absolutamente final; y el segundo, *"tornar la vida amable por sí solo"*, es decir, ser autosuficiente³. Esta última noción se relaciona con las de perfección y autarquía: el Bien Supremo tendrá que ser el más elevado y, como tal, permitir al hombre gobernarse a sí mismo.

A continuación, Aristóteles analiza los distintos géneros de vida en los que los seres humanos han creído encontrar la felicidad: 1) el placer, 2) los honores, que corresponden a la vida política, y 3) la riqueza. Con respecto al primero, si bien es final, ya que no se busca con miras a otra cosa, a) no vuelve al hombre autárquico, ya que lo lleva a depender del objeto de placer, como ocurre en el caso del alcohol, el tabaco o las drogas, por ejemplo, y b) no es digno del hombre dotado de un alma racional. *"Al elegir una vida adecuada al ganado"* -dice- *"la mayoría se muestra totalmente abyecta"* Con respecto al segundo, tampoco es admisible, ya que: a) "los honores están más en quien los da que en quien los recibe"; como tales, podríamos añadir, pueden ser entregados y/ o quitados arbitrariamente, mientras que "el verdadero bien debe ser algo propio y difícil de arrancar del sujeto", y b) los que los persiguen lo hacen para persuadirse a sí mismos de su propia virtud, "con todo lo cual dejan ver claro que aun en su propia estimativa la virtud es superior a la honra". Finalmente, tampoco es aceptable la riqueza, porque: "a) la vida de lucro es antinatural (los negocios, o sea los procedimientos usados para adquirir riquezas, destruyen el ocio -*neotium*- que es el tiempo libre dedicado a la reflexión) y b) es claramente medio y fin en sí mismo"⁴

En este punto nos preguntamos nuevamente: ¿en qué consiste la felicidad? Para establecerlo mejor, Aristóteles comienza preguntándose cuál es la actividad específicamente humana. Da por supuesto que la hay, ya que 1) cada parte del cuerpo tiene para él una función determinada -así, por ejemplo, el ojo, la mano y el pie- y b) cada miembro de la sociedad tiene, dentro de esta, la suya -así, por ejemplo, el escultor, el albañil y el zapatero-. Hay que dejar de lado las funciones vegetativas -nutrición y reproducción- pues estas las comparte el hombre con todos los seres vivos. Tampoco podrá ser puramente humana la vida sensitiva, compuesta de sensaciones y sentimientos, porque también los animales poseen ese conocimiento aportado por la sensación y esas conmociones afectivas que producen placer o dolor.

Lo único que falta considerar, dice Aristóteles, es la parte racional, y, como esta es privativa del ser humano, ha de ser, por lo tanto, su función propia. El hombre, según la concepción aristotélica, es razón; toda su excelencia reside en su capacidad de pensar. Pero hay dentro de la actividad racional dos partes: una, puramente teórica, especulativa, cognoscitiva, inmortal, *"que posee la razón"* y otra práctica, que no sobrevive a la corrupción del cuerpo y *"que obedece a la razón"*.

³ ARISTÓTELES, op. cit., libro I, p. 8.

⁴ ARISTÓTELES, op. cit., libro I, pp. 5-6

Esta última dirige la vida apetitiva, la que a su vez escucha sus consejos y se torna equilibrada, medida⁵.

Para que esa función propia del hombre que, a su vez, engendra una actividad constituya el Sumo Bien, basta agregarle una cualidad: la excelencia. Así, Aristóteles ha llegado a proporcionar las notas determinantes del Fin último:

1. Función propia del hombre.
2. Ejercicio o actividad.
3. Excelencia o perfección.

De ellas resulta que el Sumo Bien es el ejercicio perfecto de la función propia del hombre. Y al hablar de "excelencia" nos estamos refiriendo a la noción de "virtud" ("*areté*" en griego es el equivalente de "*virtus*" en latín y ambos términos connotan un modo viril de excelencia). Aclara todavía Aristóteles respecto del Sumo Bien en que es la actividad racional según la más alta virtud y a través de toda la vida ("según la más alta virtud" pues hay muchas virtudes, algunas superiores a otras, y "*durante toda la vida*" porque "*así como una golondrina no hace verano, un breve tiempo de felicidad no hace al hombre bienaventurado*"). La excelencia es, entonces, un tipo de hábito que tiene que ver con la repetición de acciones virtuosas⁶. Siendo dos las actividades racionales del hombre, las virtudes han de clasificarse su vez en dos grupos -y esto lo propone Aristóteles en el libro 1:

- a. *virtudes morales, éticas o de carácter* y
- b. *virtudes dianoéticas o intelectuales*.

Las del primer grupo son las que resultan de la obediencia impuesta por la razón a los instintos; provienen, por lo tanto, de la parte práctica de la misma y constituyen el término medio entre dos vicios, uno por exceso y otro por defecto. Aristóteles señala además que son "hábitos de elección". La mayor dificultad estriba en evitar caer en un extremo (que es, según el filósofo, lo que sucede generalmente en juventud, que es la "edad de los excesos"), pues una vez en este es casi inevitable caer en el opuesto. Así, por ejemplo, se pasa con relativa facilidad de la humildad a la presunción. Hay tres virtudes morales que Aristóteles destaca:

1. El **valor**, equilibrio entre la cobardía -exagerada sensación de miedo- y la temeridad -inconsciencia ante el peligro-.
2. La **templanza**, que media entre el libertinaje -entrega total del hombre al placer- y la insensibilidad -carencia absoluta de inclinación hacia él-.
3. La **dulzura** o mansedumbre, que está entre un exceso -la cólera, la irritabilidad- y un defecto -la flema, la impasibilidad-.

También se refiere a otras virtudes éticas: la **generosidad**, equidistante del despilfarro y la avaricia, la **veracidad**, que media entre la disimulación y la fanfarronería, y la **amabilidad**, que se

⁵ ARISTÓTELES, op. cit., libro I, p. 9.

⁶ ARISTÓTELES, op. cit., libro I, p. 9

encuentra entre la adulación y la aspereza. Podemos acotar, finalmente, que la virtud ética más elevada es la **justicia**, que se relaciona directamente con la noción de término medio, ya que la idea de justicia implica la de equilibrio.

Las del segundo grupo provienen de la parte teórica de la razón y tienden a lograr un conocimiento. Son, por orden creciente de importancia: a) el arte, que no permite crear obras bellas aplicando habilidades y con la ayuda de reglas, b) la ciencia, que nos permite conocer las leyes naturales, e) la sabiduría práctica o prudencia, que nos permite discriminar adecuadamente el justo medio y conducimos rectamente en la vida, d) la razón intuitiva, por la que captamos los axiomas matemáticos y los principios lógicos, y, finalmente, e) lo más elevado, la sabiduría teórica o *sofía*, que nos permite descubrir las primeras causas y los primeros principios.

Estamos ya en condiciones de decir cuál es la más alta virtud y en qué consiste **la vida feliz** para Aristóteles: es **la vida dedicada a la búsqueda de la sabiduría**.

El filósofo justifica lo anterior de la siguiente manera:

“El solo afán de saber, la Filosofía, encierra, según se admite, deleites maravillosos por su pureza y su firmeza; y siendo así, es razonable admitir que el goce del saber adquirido sea mayor aún que el de su nueva indagación. A más de esto, la autosuficiencia o independencia de que hemos hablado puede decirse que se encuentra sobre todo en la vida contemplativa. Sin duda que tanto el filósofo como el justo, no menos que los demás hombres, han menester de las cosas necesarias para la vida; pero supuesto que estén ya suficientemente provistos de ellas, el justo necesita además de otros hombres para ejercitar en ellos y con la justicia y lo mismo el temperante y el valiente y cada uno de los representantes de las demás virtudes morales, mientras que el filósofo, aun a solas consigo mismo es capaz de contemplar, y tanto más cuanto más sabio sea. (...) Asimismo, puede sostenerse que la vida contemplativa es la única que se ama por sí misma porque de ella no resulta nada fuera de la contemplación, al paso que en la acción práctica nos afanamos más o menos por algún resultado extraño a la acción. La felicidad además parece consistir en el reposo, pues trabajamos para reposar y guerreamos para vivir en paz. Ahora bien, los actos de las virtudes prácticas tienen lugar en la política o en la guerra y las acciones en esos campos parecen ser sin descanso. (..) si, por ende, la independencia, el reposo y la ausencia de fatiga y todas las demás cosas que acostumbra atribuirse al hombre dichoso se encuentran evidencia en esta actividad resulta que es ella en conclusión la que puede constituir la felicidad perfecta del hombre con tal que abarque la completa extensión de la vida, porque nada de lo que atañe a la felicidad puede ser incompleto. Una vida semejante, sin embargo podría estar quizá por encima de la condición humana, porque en ella no vivirá el hombre en cuanto hombre, sino en cuanto que hay en él algo divino [la inteligencia]. (..) Mas no por ello hay que dar oídos a quienes nos aconsejan, con pretexto de que somos hombres y mortales, que pensemos en las cosas humanas y mortales sino que en cuanto nos sea posible hemos de inmortalizarnos y hacer todo lo que en nosotros esté para vivir según lo mejor que hay en nosotros, y que por pequeño que sea el espacio que ocupe, sobrepasa con mucho a todo el resto en poder y dignidad”⁷

⁷ ARISTÓTELES, op. cit., libro X, pp. 139- 140.

Se han dirigido varias críticas a la propuesta aristotélica:

1. *"La existencia de la escasez material, de los peligros físicos y de las aspiraciones contemplativas ponen en juego tanto la valentía como la justicia o equidad. Ante hechos semejantes, estas virtudes parecen pertenecer a la forma de vida humana como tal (..) Pero hacia el otro extremo de la escala hay virtudes más o menos optativas, por así decirlo, que pertenecen a formas sociales particulares y contingentes, o que caen dentro del ámbito de la elección puramente individual. Las virtudes no aristotélicas y cristianas del amor a los enemigos y de la humildad, con la práctica de ofrecer la otra mejilla, pertenecen, al parecer, a la primera categoría, mientras que la virtud inglesa y mucho más aristotélica de ser un "caballero" cae dentro de la última. Aristóteles no advierte estas diferencias, y por eso encontramos, lado a lado en su enumeración, virtudes que difícilmente dejarían de ser reconocidas como tales y pretendidas virtudes que no son fácilmente comprensibles fuera del propio contexto social de Aristóteles y de las preferencias de este dentro de ese contexto. Las dos virtudes aristotélicas que atraen nuestra atención al respecto son a) la del 'hombre de alma noble' y b) la de la justicia. El hombre de alma noble 'pretende mucho y merece mucho'. Para Aristóteles, pretender menos de lo que se merece es un vicio, en la misma forma en que lo es un exceso en las pretensiones. El hombre de alma noble pretende y merece mucho particularmente en relación con el honor. Y como el hombre de alma noble es el que más merece, tiene que tener también todas las demás virtudes. Este modelo es en extremo orgulloso. Desprecia los honores ofrecidos por la gente común, y es benigno con los inferiores. Devuelve los beneficios que recibe con el fin de no encontrarse ante una obligación, y 'cuando devuelve un servicio lo hace con interés, porque así el benefactor original se convierte a su vez en beneficiario y deudor'. Expresa sus opiniones sin temores ni parcialidades, porque tiene una pobre opinión de los demás y no se preocupa por disimular su opinión (...). Aristóteles no atribuye al hombre de alma noble ningún sentimiento de su propia falibilidad en la medida en que lo concibe como carente de defectos. Las actitudes características del hombre de alma noble exigen una sociedad de superiores e inferiores en la que pueda exhibir su particular condescendencia, y en este tipo de sociedad se basta a sí mismo y es independiente."*⁸
2. *"¿Qué crítica podemos hacer a esta curiosa, aunque muy influyente, concepción de la vida humana? Su premisa básica es correcta y ha sido demasiado descuidada por las morales basadas en 'otro mundo': la vida buena para los seres humanos debe ser un ideal fundado firmemente en la naturaleza humana. Lo que debemos hacer está limitado por lo que somos capaces de hacer y esto, a su vez, depende de nuestra naturaleza(..). Ciertamente la ingenua identificación de Aristóteles de la naturaleza específica del hombre con sus capacidades racionales y del bien con su ejercicio no nos lleva muy lejos. Sin embargo, esta creencia de que la ética debe estar de alguna manera basada en la naturaleza del agente moral es importante. (..) Pero, en contraste con este aspecto positivo, debemos indicar algunos serios defectos. Bastará elegir dos de los más importantes. En primer lugar, podemos razonablemente poner en tela de juicio la suposición de Aristóteles de que hay un*

⁸ MAC INTYRE, op. cit., pp. 83-84.

último bien y solo uno hacia el cual estén finalmente dirigidas todas las actividades humanas: la **eudaimonía**, felicidad o bienestar humano. Ciertamente, si se elige A como medio para lograr B, B como medio para lograr C, etc., esta cadena debe concluir tarde o temprano con algo que se elige por sí mismo y no meramente como peldaño para llegar a algún otro bien. Pero ¿por qué todas las cadenas de acción semejantes terminan con el mismo bien autosuficiente?

Es evidente que en este caso la experiencia acerca de la conducta humana no da apoyo a la tesis de Aristóteles. Diferentes personas eligen cosas diferentes de todo tipo como fines en sí mismos. Y la misma persona puede elegir, en momentos diferentes, el alimento, el reposo, el ejercicio, la conversación o tocar el piano, por ejemplo, como fines autosuficientes de la acción. El error de Aristóteles tiene varias fuentes. Primero, del hecho de que la felicidad acompañe a todas esas actividades autosuficientes no se deduce en do alguno que se las elija **como un medio** para lograr la felicidad. Se ha observado a menudo que es imposible lograr la felicidad persiguiéndola (..). En segundo término, Aristóteles subestima seriamente la inmensa variedad de la naturaleza humana y la diversidad de los talentos y temperamentos de los hombres (..) Decir que toda rata tiene una cola no es lo mismo que decir que hay una cola común a todas las ratas. Análogamente, decir toda acción tiene un fin último no es lo mismo que decir que hay uno y el mismo fin para todas las acciones”⁹

⁹ O’CONNOR, *Historia Crítica de la Filosofía Occidental*, tomo 1, pp. 206- 208.